Reseña:

"SEPTIEMBRE DE 1955: LA HORA DE LA REVANCHA DEL ANTIPERONISMO CATAMARQUEÑO" DE JORGE ALBERTO PEREA

Lic. Christian Diego Morales
Instituto Superior de Arte y Comunicación (ISAC) -Catamarca
hemerotecamunicipal@gmail.com



Datos bibliográficos:

Perea, Jorge Alberto (2025). Septiembre de 1955: la hora de la revancha del antiperonismo catamarqueño. Editorial El Trébol: Catamarca.

Todo empieza con un gesto mínimo y brutal: el de un ordenanza que recibe la orden de borrar un escudo. Jorge Alberto Perea comienza su libro con un martillo, pero no es un martillo cualquiera. Es la herramienta que, bajo el nuevo sol de la "Libertadora", golpea la piedra del mástil de un Hogar Escuela hasta que no quede nada. El niño que era Perea entonces —o el hombre que recupera a ese niño para escribir— se detiene en un detalle: el escudo no se borró del todo, quedó la cicatriz. Y es en esa cicatriz, en esa sombra que se resiste a desaparecer, donde se instala este libro para contarnos la hora de la revancha en una provincia donde el silencio siempre fue una forma de la cortesía, hasta que dejó de serlo. Esa es la potencia de la obra: no se ocupa de los grandes movimientos de tropas o de los pactos de oficina en Buenos Aires. Perea se queda en la vereda de la calle República, mirando cómo una ciudad entera se prepara para el cobro de facturas. Este libro no trata solo de un golpe de Estado; trata de la especificidad del odio en un lugar donde todos se conocen. En Catamarca, la desperonización no fue un decreto abstracto de un general lejano; fue el vecino de al lado quitándole el trabajo al vecino de siempre. Fue una "limpieza" con nombre y apellido.

Para el lector local, recorrer estas páginas es un ejercicio de reconocimiento casi fantasmal. Pero para quien se acerque a este libro desde fuera de la provincia, la obra funciona como una mirilla necesaria para entender que la caída de Perón no fue un proceso uniforme; aquí se puede ver cómo el odio nacional se tradujo al dialecto de estas tierras, con una intensidad que solo se da en las geografías

donde el verdugo y la víctima se cruzan cada mañana en la plaza. Se trata de entender cómo operó el mecanismo que desembocó en el 55, pero sobre todo de permitir que aquellos que no tuvieron voz en la historiografía oficial comiencen finalmente a tenerla. Perea disecciona esta revancha y la velocidad con la que se llevó a cabo, mostrando que la desperonización institucional fue quirúrgica: no se trató solo de cambiar autoridades, sino de una persecución con legajo donde empleados municipales y provinciales fueron exonerados por su "filiación ideológica", transformando la oficina pública en un tribunal de inquisición. En este escenario, la Iglesia católica funcionó como un actor político central; el autor detalla cómo la jerarquía local, con el obispo Carlos Hanlon a la cabeza, abandonó cualquier neutralidad para bendecir la caída del régimen, aportando el marco moral necesario para señalar quién debía ser expulsado de la comunidad "sana". Esta purga se extendió con saña al ámbito educativo, donde se intervino para "descontaminar" las aulas mediante listas negras de docentes y el retiro de libros de texto que mencionaran la justicia social, convirtiendo la enseñanza en un campo de reeducación obligatoria.

La obsesión por lo simbólico alcanzó niveles casi fetichistas, con una persecución de la identidad que se adelantó incluso a los decretos nacionales. Antes de que se prohibiera el nombre de Perón por ley, en Catamarca ya se apuraban para picar bustos y arrancar placas de las calles, intentando extirpar físicamente la memoria de una clase trabajadora que se había sentido dueña de su destino. Sin embargo, Perea no se queda solo en el análisis del poder; fiel a su estilo, baja al llano para rescatar la resistencia popular a través de testimonios y entrevistas. Al recuperar las voces de figuras como José Nallí Balut, Roberto "Pistún" Rodríguez o Isauro Molina, el libro reconstruye la historia de quienes resistieron en la clandestinidad de los barrios. Son estos relatos los que terminan de completar el mapa de una Catamarca que, bajo el barniz de la normalidad impuesta por los uniformes, seguía latiendo con la lealtad silenciosa pero persistente de los perseguidos.